

**bam  
bú**



Philippe Nessmann

# **BAJO LA ARENA DE EGIPTO**

**El misterio de Tutankamón**





**BAJO LA ARENA  
DE EGIPTO**

**El misterio de Tutankamón**

Philippe Nessmann

Traducción de Manuel Serrat Crespo

**bam  
bú**  
EDITORIAL

**Introducción**  
**Verano de 1922**

## **Donde todo hubiera podido terminar antes incluso de haber empezado**

**H**oward Carter entró en una pequeña estancia oscura. Cuando sus ojos se hubieron acostumbrado a la penumbra, descubrió a su alrededor magníficos objetos, estatuas, pequeñas joyas, un puñal con incrustaciones de piedras preciosas.

Tomó una estatuilla de cerámica azul. Era Sekhmet, la diosa con cuerpo de mujer y cabeza de leona. La poderosa Sekhmet, la devoradora de sangre cuyas cóleras se dejaban sentir en todo Egipto, la que propagaba la peste entre los enemigos del orden. Sekhmet, la diosa a quien los sumos sacerdotes intentaban apaciguar, pues aunque matara ciegamente, tenía también el poder de curar.

Carter acarició la cabeza de la leona y la dejó, luego, con delicadeza. Sus grandes manos eran sorprendentemente ágiles. Habríanse dicho las patas de un oso, pesa-



das en apariencia, pero tan diestras para atrapar un salmón. Si Carter hubiera sido un animal, sin duda habría sido un oso. A sus 48 años, tenía un rostro ancho y macizo, una nariz larga, un grueso bigote. Y, en Luxor, vivía en una casa en el lindero del desierto, un antro aislado de todo y de todos.

El egiptólogo observaba los objetos que le rodeaban cuando una puerta oculta se abrió de pronto. Un hombre entró en la oscura estancia.

—Lord Carnarvon va a recibirle... pero... ¡está oscuro aquí! Voy a encender.

El mayordomo encendió el aplique y luego se retiró.

Carter estaba en una pequeña biblioteca con las paredes cubiertas de estantes. Encima, decenas de antigüedades a cual más maravillosa. El arqueólogo las conocía en su mayoría: él mismo las había comprado o descubierto en Egipto por cuenta del rico lord inglés.

«Toc, toc, toc...», Golpeó el cristal de la ventana. Fuera, gruesas nubes se amontonaban en el cielo, anunciando la lluvia. El verano, aquel año de 1922, era desabrido; un tiempo típicamente inglés. Alrededor del castillo, las extensiones de césped estaban verdes y habían sido perfectamente segadas, impecables. Carter imaginó un ejército de jardineros examinando sin cesar, con unas tijeras para las uñas en la mano, la menor brizna de hierba a la que se le ocurriera la descabellada idea de crecer más deprisa que las demás.

La fortuna de lord Carnarvon era inmensa.

El rostro del arqueólogo se oscureció.

Inmensa, pero no ilimitada.

Carter sabía por qué le había citado Carnarvon en su castillo de Highclere. Desde hacía cinco años, el rico aristócrata había financiado importantes excavaciones arqueológicas en Egipto. Sobre el terreno, él, Howard Carter, había dirigido los trabajos. Había rastrillado, cavado, despanzurrado una parte del Valle de los Reyes en busca de la tumba de Tuntankamón. Encontrar aquella tumba era el sueño de su vida, pero un sueño que estaba convirtiéndose en pesadilla: hasta entonces, las excavaciones no habían obtenido nada, cero, ni el menor rastro del faraón.

–Querido amigo –había avisado Carnarvon algunas semanas antes–, debemos rendirnos a la evidencia. Buscábamos una tumba, hemos encontrado un abismo financiero...

Carter golpeó nerviosamente el cristal. Dentro de unos minutos, el aristócrata le anunciaría la definitiva detención de las excavaciones.

El arqueólogo repasó los argumentos que había preparado para convencer al lord de que prosiguiera la búsqueda un año más, el último. Sabía que la tumba estaba allí, enterrada en algún lugar del Valle de los Reyes, al alcance del pico. Y sabía que contenía un fabuloso tesoro. ¿Cómo lo sabía? Eso lo ignoraba...



No creía en los sortilegios, ni en la maldición de las momias, ni en los fantasmas, ni en todas aquellas habladurías de novelistas destinadas a conseguir que los lectores se estremecieran. Pero sentía que, desde siempre, su vida y la de Tutankamón estaban íntimamente vinculadas. A 3200 años de distancia, habían hollado los mismos caminos, bebido de los mismos pozos, visto los mismos paisajes.

¿Una simple casualidad?

A veces, Howard Carter tenía la extraña sensación de que, desde el país de los muertos, el joven faraón pedía su socorro.



# **Primera parte**



**bam  
bú**

«Valle de los Reyes, 1922. Después de casi cinco años, Howard Carter vuelve a la arena de Egipto en busca de las huellas de un misterioso faraón, Tutankamón. Siente que su vida y la del faraón están íntimamente ligadas. Por otro lado, tiene la extraña sensación de que, desde el fondo de la Historia, Tutankamón le pide ayuda...»

**DESCUBRIDORES DEL MUNDO:  
AVENTURAS EN LAS QUE LA HISTORIA ESTÁ CONTADA COMO UNA NOVELA  
UN CUADERNO DE FOTOS PARA PROLONGAR LA AVENTURA**



Otros títulos de la colección:

EN LA OTRA PUNTA DE LA TIERRA. LA VUELTA AL MUNDO DE MAGALLANES  
EN BUSCA DEL RÍO SAGRADO. LAS FUENTES DEL NILO  
AL LÍMITE DE NUESTRAS VIDAS. LA CONQUISTA DEL POLO  
AL ASALTO DEL CIELO. LA LEYENDA DE LA AEROPostal  
LOS QUE SOÑABAN CON LA LUNA. MISIÓN APOLO



9 788483 430477